

muchas lágrimas que le quisiese librar de este peligro, y manifestar por qué causa aquello habia acaecido. Y estando así llorando y con gran temor, poco á poco se fué quitando la nube, y esclareciendo el altar del todo; y mirando al altar, vió que le faltaba la hostia consagrada, y que el cáliz estaba descubierto y vacío, porque tambien le habia sido de él tomada la sangre. Y fue tan grande el espanto y temor que recibió cuando esto vió, que quedó como muerto; y tornando en sí, comenzó con gran dolor de su corazon, y derramando muchas lágrimas de sus ojos, á rogar de nuevo á Nuestro Señor y á su santísima Madre, cuya misa decia, que le perdonasen, si lo que habia acaecido era por su culpa, y le librasen y sacasen de aquel tan grande peligro. Y estando en esta congoja, vió venir por el aire la hostia puesta en una patena muy resplandeciente, y púsose encima de la boca del cáliz, y comenzaron luego á destilar y salir de ella gotas de sangre dentro del cáliz, y salió en tanta cantidad como antes estaba. Y acabada de salir la sangre, se volvió la hijuela de los corporales á poner sobre el cáliz, y la hostia á su lugar, sobre el ara, donde estaba primero. El sacerdote, estando muy espantado en ver tan grandes misterios, y no sabiendo qué se hacer, oyó una voz que le dijo: Acaba tu oficio, y séate en secreto todo esto que has visto. Y de ahí adelante nunca mas

sintió aquella tentacion. El acólito ó ministro que servia á la misa no vió ninguna cosa de estas, ni oyó la voz, mas sintió las lágrimas del sacerdote, y como se tardó mucho mas en la misa que solia. Todo lo susodicho se halló despues de su muerte escrito en una cédula de su mano, puesta entre su confesion general; lo cual él hizo en señal del secreto que le fue mandado guardar.

CAPÍTULO III.

Comienzase á tratar de la preparacion que pide la excelencia y dignidad de este divino Sacramento.

Esta ventaja tiene este divino Sacramento sobre todos los demás, que está aquí real y verdaderamente el mismo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. Y por esto es el mas excelente de los Sacramentos, el que mayores gracias y efectos obra en nuestras almas: porque en los otros Sacramentos participamos la gracia que se nos comunica allí; pero en este participamos la misma fuente de gracia. En los otros Sacramentos bebemos como de arroyo que mana de la fuente; pero en este bebemos en la misma fuente, porque recibimos al mismo Cristo, verdadero Dios y hombre. Y así se llama este santísimo Sacramento Eucaristía, que quiere decir buena gracia; porque todo el

bien y el principio de la gracia aquí está. Y porque aquí se nos da el mismo Hijo de Dios, que con verdad se llama gracia y don hecho al linaje humano por el misterio de la Encarnacion; por esto tambien se llama por antonomasia Comunión: conforme á aquello de san Lucas, que dice de los fieles en los Actos de los Apóstoles, II, v. 42: *Erant perseverantes in communicatione fractionis panis*. Porque recibiendo este santísimo Sacramento participamos del sumo y mayor bien que hay, que es Dios, y con él de todos los bienes y gracias espirituales. Dándonos su carne y sangre, nos hace partícipes de todos aquellos tesoros que con esa sagrada carne y sangre nos adquirió. Aunque tambien se dice comunión, porque une los fieles entre sí; porque recibiendo todos un manjar y á una mesa, nos comunicamos y juntamos, y hacemos una misma cosa, á lo menos en la fe y Religion somos todos un cuerpo, conforme á aquello que dice san Pablo: *Unus panis, unum corpus, multi sumus, omnes, qui de uno pane participamus*. I Cor. c. x, v. 17. Todos somos un pan y un cuerpo aquellos que participamos de un mismo pan. Y por eso dice san Agustin que instituyó Cristo este Sacramento debajo de especies de pan y de vino, para denotar que como el pan se hace de muchos granos de trigo que se unen en uno, y el vino de muchos granos de uvas; así de muchos fie-

les que comunican y participan de este Sacramento se hace un cuerpo místico. San Juan Damasceno compara este santísimo Sacramento á aquel carbon ó brasa encendida con que uno de los Serafines purificó los labios del profeta Isaías, y quitó todas sus imperfecciones. *Isai. vi, v. 6*. Así, dice, este manjar celestial, por estar unido con la divinidad, que es fuego consumidor: *Deus noster ignis consumens est*; Deut. IV, v. 24; ad Hebr. c. XII, v. 29, consume y purifica todas nuestras imperfecciones y maldades, y nos llena de dones y bienes espirituales. Finalmente este es aquel convite del Evangelio, en el cual manda Dios decir á los convidados: *Ecce prandium meum paravi; tauri mei, et altitia occisa sunt, et omnia parata*, Matth. XXII, v. 4; diciendo que todas las cosas están á punto y preparadas, da á entender que aquí en este sagrado convite tenemos todas las cosas que se pueden desear. Y así dijo el profeta David, Psalm. LXVII, v. 21, de este manjar: *Parasti in dulcedine tua pauperi Deus*. No dice qué es lo que nos preparó, porque es tan grande el bien que allí se encierra, que no se puede con palabras explicar. Y así con razon exclama la Iglesia: *O sacrum convivium, in quo Christus sumitur, recolitur memoria passionis ejus, mens impletur gratia, et futurae gloriae nobis pignus datur!* ¡Oh sagrado convite, en el cual recibimos á Dios! El mismo nombre de convite nos dice la alegría y conten-

to, y la abundancia y hartura que hay en él. ¡Oh sagrado convite, en el cual se nos refresca la memoria de su pasión, de aquel exceso de amor con que Dios nos amó, entregándose por nosotros á la muerte, y muerte de cruz! ¡Oh sagrado convite, en el cual nuestra alma se harta y queda llena de gracia! ¡Oh sagrado convite, en el cual se nos da una prenda de la gloria, y tal, que no es cosa distinta de lo que nos han de dar despues, como lo suelen ser acá las prendas, sino el mismo Dios, que ha de ser nuestro premio y galardón, se nos da por prenda en este soberano convite, salvo que aquí nos sirven á plato cubierto, y en aquel convite y cena de la gloria nos servirán á plato descubierto!

Pues la excelencia de tan alto Sacramento, y la majestad grande del Señor que habemos de recibir, pide que la disposición y preparación para eso sea muy grande. Tratando el real Profeta de edificar el templo de Jerusalem, decia: *Opus namque grande est, neque enim homini preparatur habitatio, sed Deo.* I Paral. xxix, v. 1. Grande cosa es esta, porque no tratamos de preparar morada para hombres, sino para Dios. Y habiendo preparado grande cantidad de oro y plata, vasos y piedras preciosas, todo le parecia nada, y todo esto era para el templo donde se habia de poner el arca, y en ella el maná, figura de ese divino Sacramento. Pues ¿qué será de la preparación del templo y

morada en que habemos de recibir al mismo Dios en persona? Que tanto habia de ser mayor, cuanto excede lo figurado á la figura, y lo vivo á lo pintado; y fuera de lo que se debe á la majestad de tan gran Señor, á nosotros nos importa mucho ir muy preparados para recibir este santísimo Sacramento, porque cual fuere la preparación y disposición que lleváremos, tal será la gracia que recibiremos. Como el que va á coger agua de la fuente, tanta coge cuan grande vaso lleva. Y para que se entienda mejor lo que queremos decir en esto, notan aquí los teólogos que no solamente recibe uno mayor gracia por el mayor mérito de los actos y buenas obras con que se llega á recibir el Sacramento, que llaman *ex opere operantis*, y es modo de hablar del concilio Tridentino, sess. 7, c. 9; sino que la gracia sacramental, que fuera de esto da de suyo el Sacramento, por privilegio é institucion divina, que llaman *ex opere operato*, será mayor, cuanto mayor fuere la disposición con que nos llegáremos á él; porque obra Dios las obras de gracia conforme á las de naturaleza. Y en lo natural vemos que todas las cosas obran conforme á la disposición que hallan en los sujetos; y así el fuego luego se enciende en la leña seca; mas si no lo está, mas tarde se encenderá: de modo que segun fueren los grados de la sequedad, así será la operacion del fuego. Pues á este modo es tambien

en este divino Sacramento. Y así por todas partes nos importa mucho llegarnos á él muy bien preparados.

CAPÍTULO IV.

De la limpieza y puridad, no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales é imperfecciones, con que nos habemos de llegar á la sagrada Comunión.

Tres cosas principales tratarémos aquí. La primera, de la disposición y preparación que se requiere para llegar á recibir este divino Sacramento. La segunda, de lo que habemos de hacer despues de haberle recibido, y cuál ha de ser el hacimiento de gracias. La tercera, que es el fruto y provecho que habemos de sacar de la sagrada Comunión. Y comenzando de lo primero, la disposición y preparación que para esto se requiere es mucho mayor que para los demás Sacramentos; porque cuanto son mas excelentes los Sacramentos, tanto piden mayor preparación y pureza para haberlos de recibir. Y así algunos Sacramentos hay que para recibirse dignamente basta tener dolor y arrepentimiento verdadero de los pecados, sin ser necesaria la confesion. Mas este divino Sacramento es de tanta dignidad y excelencia, por estar en él encerrado el mismo Dios, que demás de lo dicho pide otro Sacramento por disposición, que es el de

la Confesion, cuando precedió algun pecado mortal. De manera que no basta llegarse con dolor y contrición, sino es menester que preceda la confesion, como lo determinó el concilio Tridentino, conforme á aquello del apóstol san Pablo: *Probet autem se ipsum homo, et sic de pane illo edat, et de calice bibat.* Las cuales palabras declara el Concilio (1) de esta manera: que es menester que vaya uno probado y examinado con el exámen y juicio de la confesion. Esta disposición y preparación es necesaria á todos los cristianos, so pena de pecado mortal, y basta ella para recibir gracia en el Sacramento.

Mas aunque sea verdad que por los pecados veniales y por otras faltas é imperfecciones que no llegan á pecado mortal no pierde el hombre del todo el fruto de ese santo Sacramento, sino que recibe aumento de gracia, como dicen los teólogos; pero pierde aquel fruto copioso y abundante de gracias y virtudes, y otros efectos admirables que suele él obrar en las almas mas limpias y devotas. Porque aunque los pecados veniales no quitan la caridad, amortiguan su fervor y disminuyen la devoción, que es la mas propia disposición que para este divino Sacramento se requiere; y así, si queremos participar del copioso fruto de que suelen gozar los que se llegan á comulgar como deben, es menester ir

(1) Concil. Trident. sess. 13, cap. 7; I ad Cor. xi, 28.

limpios, no solo de pecados mortales, sino tambien de los veniales. Y así el mismo Jesucristo nos enseñó esta disposicion (1) con aquel ejemplo de lavar los piés á sus discípulos antes de comulgarlos, dándonos á entender, como dice san Bernardo, serm. de Cena Domini, la limpieza y puridad con que nos habemos de llegar á este santísimo Sacramento, no solo de pecados mortales, sino tambien de veniales, que es el polvo que se nos suele pegar á los piés.

San Dionisio Areopagita (2) dice que no solo de los pecados veniales, sino tambien de las demás faltas é imperfecciones, pide el Señor limpieza, con este ejemplo: *Exigit, dice, extremam munditiam.* Y trae á este propósito aquella ceremonia santa que usa la Iglesia en la misa de lavarse el sacerdote las manos antes de ofrecer aquel sacrosanto sacrificio. Y pondera muy bien que no se lava todas las manos, sino solamente las extremidades de los dedos, para significar que no solamente habemos de ir limpios de los pecados graves, sino tambien de los ligeros, y de las faltas é imperfecciones. Si allá Nabucodonosor mandó que escogiesen niños, *in quibus nulla esset macula*, Dan. 1, v. 4, puros, limpios y hermosos, para darles y mantenerles de los manjares de su mesa, ¿cuánto

(1) Joan. XIII, 5: Cœpit lavare pedes Discipulorum.

(2) D. Dionys. cap. 3 de Ecclesias. hier.; et S. Thom. 3 p. q. 83, art. 5 ad 1.

mayor razon será que para llegar-nos á esta mesa real y divina vayamos con gran limpieza y puridad? Al fin es pan de Ángeles, y así nos habemos de llegar á él con pureza de Ángeles.

Pedro Cluniacense, l. 1 de Mir., cap. 2, cuenta de un sacerdote, en una parte de Alemania que llaman de los teutones, que habiendo primero sido de buena y santa vida, despues vino á caer miserablemente en cierto pecado deshonesto; y añadiendo pecados á pecados, se atrevia á llegar al altar á decir misa sin haberse enmendado ni confesado: que este suele ser engaño de algunos que han vivido bien, que cuando les acontece alguna cosa vergonzosa, no se atreven á confesarla ni á dejar de comulgar, por no perder la opinion y crédito que antes tenian: ciégales la soberbia. Quiso Dios castigarle piadosamente como padre con una cosa que le hizo abrir los ojos, y fue, que al tiempo de consumir, teniendo á Cristo en sus manos, se le desapareció de ellas, y de la misma manera el sanguis se desapareció del cáliz, quedando aquel dia sin comulgar, y no poco espantado. Esto mismo le acaeció otras dos veces en que quiso volver á decir misa, por ver si Dios nuestro Señor mostraba la misma señal de indignacion con él que la primera; y con esto conoció cuán grandes eran sus pecados, y con cuánta razón tenia provocada contra sí la ira de Dios: y

CAPÍTULO V.

De otra disposicion y preparacion mas particular con que nos habemos de llegar á este divino Sacramento.

Para gozar cumplidamente de los frutos admirables que trae consigo este divino Sacramento, dicen los Santos y Maestros de la vida espiritual, que nos habemos de procurar preparar con otra disposicion mas particular, que es con actual devocion. Y así declararemos aquí qué devocion ha de ser esta, y cómo la despertaremos en nosotros. Para esto dicen que nos habemos de llegar á la sagrada Comunión: lo primero, con grandísima humildad y reverencia. Lo segundo, con grandísimo amor y confianza. Lo tercero, con grande hambre y deseo de este pan celestial. Á estas tres cosas se pueden reducir todas las maneras de afectos con que podemos despertar la actual devocion, así antes de recibir este santísimo Sacramento, como al tiempo de comulgar, y tambien despues de la comunión. Y están llenos los libros de consideraciones á este propósito muy buenas y muy dilatadas; y así solamente tocaremos algunas de las mas ordinarias, que suelen ser las mas provechosas, abriendo el camino para que sobre ese fundamento pueda cada uno discurrir por sí; porque eso le moverá mas, y le será

Este caso dice Pedro Cluniacense que se le contó el obispo de Claramonte delante de muchas personas. Cesario en sus Diálogos, lib. 2, cap. 5, cuenta otro ejemplo semejante.

de mas provecho, conforme á la doctrina (1) que de esto tenemos en el libro de los Ejercicios espirituales.

Pues, lo primero, habemos de llegar á este santísimo Sacramento con grandísima humildad y reverencia, la cual se despertará en nuestra ánima, considerando por una parte aquella soberana majestad y grandeza de Dios que verdaderamente está en aquel santísimo Sacramento, y que es el mismo Señor que con sola su voluntad crió, conserva y gobierna los cielos y la tierra, y con sola ella lo puede todo aniquilar, en cuya presencia los Ángeles y mas altos Serafines encogen las alas, tiemblan y se estremecen con profundísima reverencia: *Columnæ cæli contremiscunt, et pavent ad nutum ejus.* Job, c. xxvi, v. 11. Y por otra parte volviendo luego los ojos á nosotros mismos, mirando nuestra bajeza y miseria. Y así unas veces nos podemos llegar con el corazón de aquel publicano del Evangelio, que no se osaba acercar al altar ni alzar los ojos al cielo, sino de lejos con mucha humildad heria sus pechos, diciendo: *Deus propitius esto mihi peccatori.* Luc. xvii, v. 13. Señor, habed misericordia de mí, que soy grande pecador. Otras veces nos podemos llegar con aquellas palabras del hijo pródigo, *Luc. c. xv, v. 18 et 19:* Señor, pequé contra el cielo y contra Vos: ya no

(1) S. Ignat. lib. Exerc. spirit. in annot. in princ. positus, annot. 2.

merezco llamarme vuestro hijo: recibidme como á uno de los jornaleros de vuestra casa. Otras, con aquellas palabras de santa Isabel: *Et unde hoc mihi?* Luc. i, v. 43, como dijimos arriba. Será tambien muy bueno considerar con mucha atención aquellas palabras que tiene instituidas la Iglesia para el tiempo de comulgar, tomadas del sagrado Evangelio: *Domine non sum dignus, ut intres sub tectum meum, sed tantum dic verbo, et sanabitur anima mea.* Matth. viii, v. 8. Señor, no soy digno; pero por eso me llego, para que Vos me hagais digno. Señor, flaco soy y enfermo; pero por eso me llego para que Vos me saneis y esforceis; porque, como Vos dijisteis, no tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos, y para esto señaladamente venisteis Vos.

Eusebio, escribiendo la muerte del bienaventurado san Jerónimo, que se halló á ella, y fué su discípulo, dice que estando el Santo para recibir este santísimo Sacramento, admirado por una parte de la majestad y bondad inmensa del Señor, y volviendo por otra parte los ojos á sí, decia: *Cur nunc tantum te humilias, ut patiaris ad hominem descendere publicanum, et peccatorem, et non solum cum illo manducare vis, sed te ipsum manducari ab illo jubes?* ¿Cómo, Señor, os humillais ahora tanto, que quereis venir y descender á un hombre publicano y pecador, y no solo quereis comer con él, sino que mandais que

él os coma á Vos? En el libro segundo de los Reyes cuenta la sagrada Escritura, que dijo David á Mifiboset, hijo de Jonatás: *Tu comedes panem in mensa mea semper.* II Regum, ix, v. 7. Tú comerás siempre á mi mesa. Respondió él: *Quis ego sum servus tuus, quoniam respexisti super canem mortuum similem mei?* ¿Quién soy yo para poner los ojos en mí, sino como un perro muerto? Si dice esto Mifiboset por verse convidado á la mesa de un rey, ¿que será bien que diga un hombre convidado á la mesa de Dios? Ya que no podemos llegar á este divino Sacramento con la disposición que él merece, suplámoslo con humildad y reverencia; y digamos con el real profeta David, Psalm. viii, v. 5: *Quid est homo, quod memor es ejus, aut filius hominis, quoniam visitas eum?* Y con el santo Job, vii, v. 17: *Quid est homo, quia magnificas eum?* ¿Quién es, Señor, el hombre, para que os acordeis de él: ó el hijo del hombre para que le visiteis, y magnifiqueis y engrandezcais tanto? Con razon se admira y canta la Iglesia: *O res mirabilis, manducat Dominum pauper, servus, et humilis!* ¡Oh cosa admirable, que el siervo pobre y bajo recibía en su boca y en su pecho á su Dios y Señor, Criador de cielo y tierra!

Lo segundo, habemos de llegar á este santísimo Sacramento con grandísimo amor y confianza; y para avivar este afecto en nosotros habemos de considerar la bondad,

y misericordia y amor infinito del Señor, que tanto aquí resplandece, como al principio dijimos (c. 1). Porque ¿quién no amará á quien tanto nos amó? ¿Quién no confiará en quien tanto bien nos hizo? El que nos dió á sí mismo, ¿qué no nos dará? Dice muy bien san Crisóstomo (1): *Quis pastor oves proprio pascit cruore? Et quid dico pastor? Matres multe sunt, quæ post partus dolores filios aliis tradunt nutricibus; hoc autem ipse non est passus, sed ipse nos proprio sanguine pascit, et per omnia nos sibi coaugmentat:* ¿Qué pastor hubo que apacentase sus ovejas con su propia sangre? ¿Y qué digo pastor? Muchas madres hay que despues de los dolores del parto entregan á sus propios hijos á otras mujeres que los crien; mas esto no lo consintió él, sino con su propia sangre nos mantiene, y uniéndonos consigo nos realza y ennoblece, y hace crecer en todo.

La tercera cosa que pide este santísimo Sacramento es que nos lleguemos á él con grande hambre y deseo: *Panis iste,* dice el bienaventurado san Agustin, *esuriem quærit hominis interioris:* Así como el manjar corporal entonces parece que entra en provecho cuando se come con hambre; así tambien este divino manjar nos entrará en gran provecho, si va el alma á él con grande hambre, ansiosa de unirse con Dios, y de alcanzar algun don y merced particular:

(1) Chrysost. homil. 6 ad populum, et homil. 83 in Matth.

Et animam esurientem satiabit bonis. Psalm. CVI, v. 9. Al ánima hambrienta harta Dios de bienes. Y lo mismo dijo la sacratísima Reina de los Ángeles en su cántico: *Esurientes implevit bonis.* Luc. I, v. 53. Para despertar esta hambre y deseo en nuestras almas nos ayudará considerar por una parte nuestra grande necesidad, y por otra los efectos admirables que obra este santísimo Sacramento. Así como cuando Cristo nuestro Redentor andaba acá en el mundo, á todos los que llegaban á él los sanaba de todas sus enfermedades, y no se lee que alguno le pidiese salud y se la negase: llegó á él aquella mujer que padecía flujo de sangre, y tocó el ruedo de su vestidura, y luego quedó sana; llegó á sus piés aquella pecadora del sagrado Evangelio, y quedó perdonada; llegaban á él los leprosos, y quedaban limpios; llegaban á él los endemoniados, los ciegos, los paralíticos, y todos quedaban buenos y sanos: *Quia virtus de illo exibat, et sanabat omnes.* Luc. VI, v. 19. Porque salia de él virtud que los sanaba. Así hará tambien en este santísimo Sacramento si llegamos con esta hambre y deseo, pues es el mismo que entonces, y no ha mudado la condicion.

CAPÍTULO VI.

En que se ponen otras consideraciones y modos de prepararse para la sagrada Comunión muy provechosas.

Entre otras consideraciones con que nos podemos preparar para la sagrada Comunión es muy propia la memoria de la pasión de Cristo, considerando aquella inmensidad de amor con que el Hijo de Dios se ofreció por nosotros en la cruz; porque una de las razones principales porque Cristo nuestro Redentor instituyó este divino Sacramento fue para que viviésemos siempre presente y viva en la memoria su pasión; y así nos mandó que cada vez que le celebrásemos, nos acordásemos de ella: *Hoc facite in meam commemorationem.* Luc. XXII, v. 19. Y nos lo repite el glorioso apóstol san Pablo: *Quotiescumque manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis.* I ad Cor. XI, v. 24 et 26. Y así san Buenaventura (1) aconseja mucho esta devoción, que cada vez que vamos á comulgar consideremos un paso de la pasión. Y él dice que usaba hacerlo así, y que con esto *liquefiebat anima ejus*, su ánima se derretia en amor de Dios. El bienaventurado san Crisóstomo dice, que el que se llega á comulgar ha de ha-

(1) D. Bonav. de præparatione ad Missam, c. 6; et in Fasciculario, c. 8, Cant. v.

cer cuenta que todas las veces que comulga pone la boca en aquella preciosa llaga del costado de Cristo, y chupa su sangre, participando de todo lo que él nos ganó con ella. Santa Catalina de Sena cada vez que comulgaba hacia cuenta que iba, como cuando era niña, al pecho de su madre. Otros, como este soberano Sacramento es memoria de la pasión de Cristo, imaginan á Cristo crucificado, y hacen calvario de su corazón, y fijan allí la cruz del Señor; y abrazándose con ella recogen en sí las gotas de sangre que por ella caen. Otros hacen cuenta que se hallan en aquella cena que cenó Cristo nuestro Redentor con sus discípulos la noche de su pasión, como si estuvieran allí sentados entre los Apóstoles, y que reciben de su mano su sagrado cuerpo y sangre. Y esta no es solamente consideración y representación de aquella cena, sino en realidad de verdad esta es aquella misma mesa, el mismo convite; y el mismo Señor que dió entonces su cuerpo y sangre á sus Apóstoles, él mismo nos le da ahora á nosotros, y con el mismo amor que entonces lo dió.

Tambien es muy buena preparación ejercitarse en la consideración de los puntos siguientes: Lo primero, quién es el Señor que viene, que es el Criador de todas las cosas, Rey y Señor de los cielos y tierra, Dios de infinita majestad y perfección. Lo segundo, á quién viene, que es á mí que soy

polvo y ceniza, y que muchas veces le he ofendido. Lo tercero, á qué viene, que es á comunicarme el fruto de su pasión y los dones preciosísimos de su gracia. Lo cuarto, qué le mueve á venir, que es, no su interés, porque es Señor de todas las cosas, y no tiene necesidad de nadie; sino puro amor y deseo de que mi ánima se salve, y esté siempre acompañada de su gracia. Lo quinto, se ha de ejercitar uno en los actos de las tres virtudes teologales, fe, esperanza y caridad.

Y porque nosotros no podemos dignamente prepararnos para recibir este Señor, si él no nos lo da, habemos de pedir que él disponga y atavie nuestra alma con la humildad, limpieza, amor y reverencia que conviene, alegrándole para ello aquella razón común: Señor, si un rey poderoso y rico se hubiese de hospedar en casa de una viuda pobre, no esperaría que ella le aderezase el palacio donde había de reposar, sino enviaria delante su recámara y criados que lo aderezasen. Pues hacedlo Vos así con mi alma pobre, pues venís á hospedaros en ella: enviad, Señor, vuestra recámara delante, y vuestros Ángeles para que aderecen y adornen esta posada que tan súcia ha estado, y tan llena de telarañas de pecados, y la hagan digna morada vuestra. Y volviéndonos á la soberana Virgen y á los Santos nuestros devotos, pidámosles con humildad que nos alcancen el